

entere que fui hija natural. Dices que al pensar en contraer matrimonio, mandé a mi hermano Flavio (jamás tuve un hermano con ese nombre, el mío se llamaba Diego) a Nepantla por mi “acta de nacimiento” (¡Ay, Margarita, esos trámites burocráticos no se usaban en el siglo xvii), y al leerla, lloro por mi madre y recito mis redondillas más conocidas y más deficientes en contra de los “hombres necios”. Truco efectista, inútil, sobre todo inútil.

Mucho más podría seguir reclamándote y desmitiéndote, pero ya me cansa el tratar de asuntos tan superficiales. Me haces morir delante de un confesionario, en pleno patio del claustro, quitándome toda dignidad. Me haces aparecer dentro de mi celda (que no era celda sino una casita de dos pisos dentro del convento) con el escudo de la orden constantemente colocado sobre mi pecho, mientras que el resto de las monjas no lo usan, ni siquiera la superiora, cosa lógica, ya que no te has puesto a imaginar lo incómodo que sería andar a todas horas con semejante mamotreto en el pecho. El escudo sólo se usaba en las grandes ocasiones, y una de ellas era justamente el posar para una pintura, como posé para Miranda y de allí se inspiró Cabrera para pintarme y llegar a estar hasta en calendarios de oficinas burocráticas. Y pongo punto final a mi carta no atenagórica, recordándote tan sólo que el padre Miranda, jesuita, no iba a pedirme y exigirme que escribiese la “Crisis de un sermón” en contra de otro jesuita, el padre Vieyra, y también recordarte que yo era una monja decente y no una presa de la cárcel de mujeres, quienes son las únicas que escriben en las paredes.

*Sor Juana Inés de la Cruz*

12 de octubre de 1969

TRES CLÁSICOS EN LA ZONA ROSA

*(Obra en un acto)*

Anochece en el D. F. por las calles de Hamburgo, casi esquina con Niza, el turismo, el snobismo, el folklorismo y muchos otros

ismos, caminan, rien, beben, gastan y se dejan atropellar por automóviles *sport*. Delante de un escaparate, vemos a Lope de Vega, cuyo vestuario no llama la atención porque los transeúntes visiten similar, en una extraña mezcla de épocas y de estilos. Se escucha un estridente bocinazo de automóvil y un grito:

GRITO DE REBELIÓN: ¡Quítate, móndrigo jorobado!

Lope mira hacia el lugar de los hechos y corre a ayudar a Juan Ruiz de Alarcón, quien ha estado a punto de ser arrollado por un Maserati.

LOPE: ¡Cuidado, Juan, que por poco te rebanan las corcovas!

ALARCÓN: ¡Amigo Lope! ¡Cuánto placer en verte por mi tierra!

LOPE: Después de veinticuatro horas de estar en ella, comprendo por qué te fuiste tan presto hacia Madrid.

ALARCÓN: En verdad ha cambiado mucho, aunque mis paisanos se siguen vistiendo igual. Me imagino que viniste a la representación de tu comedia *Las bizarrías de Belisa*.

LOPE: En efecto; me dejé engañar por Tirso de Molina, quien me convenció para que viniese. ¡Ay, mi odiado jiboso, qué mal hice en seguir tan nefastas recomendaciones!

ALARCÓN: Igual me pasó hace poco más de un año. Tirso me convenció para que viniese a ver *La cueva de Salamanca*, y no he podido volverme al paraíso del Siglo de Oro porque estuve muy enfermo de la bilis derramada.

LOPE: Invítote a tomar un estimulante. Creo que allí hay una fonda o mesón.

TRANSEÚNTE 1o.: ¡Eh, tú! ¿Traes en cinco?

ALARCÓN: Se me terminaron, señor.

LOPE: ¿Qué hablas con ese hombre, Juanillo?

ALARCÓN: Ya estoy acostumbrado a que me confundan con un vendedor de billetes de lotería. Entremos, pues, y sentémonos.

Entran en un café lleno de juniors que discuten el último artículo de Carlos Monsiváis. Nuestros clásicos se dirigen a una mesa y toman asiento. Tirso de Molina, con pantalones acampa-

nados, melena alborotada y un medallón con un letrero que dice “love”, corre hacia ellos.

TIRSO: ¡Lope! ¡Juan! ¿Qué hacéis aún en México? ¡Pensé que os habríais marchado de inmediato! ¡Me alegra veros! Eso quiere decir que estáis de acuerdo conmigo en que Héctor Mendoza es el mejor director escénico que ha habido en el mundo.

LOPE: Da gracias al cielo de que eres fraile como yo, Gabriel Téllez, porque de otra suerte ya estaríamos en la calle midiendo los aceros. ¡Voto a bríos! ¡Me haces dejar mi paraíso en donde estaba dedicado a escribir mi comedia número 6 589, para venir a México y presenciar “algo” que se anuncia como *Las bizzarrías de Belisa*, pero no lo es, y me haces caer en pecado al contemplar mujeres con el pecho desnudo en la escena!

ALARCÓN: Yo vi a mis personajes de *La cueva de Salamanca* colgados de trapecios, como cirqueros.

TIRSO: ¡Son un par de clásicos totalmente fresas! ¡Yo en cambio gocé hasta lo indecible con mi *Don Gil de las calzas verdes*, que Héctor Mendoza presentó hace cuatro años en la Ciudad Universitaria! ¡Qué frescura! ¡Qué riqueza imaginativa! ¡Qué alegría de los actores! ¡Qué colorido! ¿Acaso vuestras comedias no fueron presentadas de ese modo?

LOPE: Algo parecido, pero lo que acabo de ver de mi obra, me pareció una calca de la tuya, y de la de este jiboso que me acompaña. Ese director se repite a sí mismo hasta la saciedad.

ALARCÓN: Yo estoy de acuerdo en que nos faltan al respecto a los clásicos, pero no en que se burlen de nosotros. Si en las puestas en escena de Mendoza no se llega a escuchar una sola palabra de nuestros textos, ¿por qué escoger nuestras comedias? Daba igual cualquiera otra, hasta una de Alfonso Paso.

LOPE: Los actores brincan, bailan, se desnudan, aparecen vestidos como payasos del Circo Unión, gritan, se caen al foso de la orquesta, se acuestan en el suelo y las muchachas enseñan los senos. Todo muy bonito, pero ni uno solo de los espectadores logró enterarse de mis versos, los cuales no impor-

taban ante aquel espectáculo de circo, maroma y teatro. Yo, como este corcovado del infierno, estoy de acuerdo en que nuestras comedias resultan en esta época infantiles e ingenuas, y que debe dárseles una nueva concepción escénica, pero lo que no admito es que ni siquiera los versos los digan bien los actores. ¡Es lo único bueno de nuestras obras y se pierde con tanto brinco y con tan mala dicción!

TIRSO: En mi *Don Gil* el texto se entendía perfectamente.

LOPE: Seguramente el director aún comprendía que nuestros versos no son tan malos, pero ahora ya piensa que es mejor su dirección y que nuestras comedias sólo son un pretexto para lucir su imaginación.

ALARCÓN: En mi *Cueva de Salamanca* aún se podían escuchar de vez en vez algunas tiradas de versos, pero eran tantos los trapecios y los cubos de madera, que el público aplaudía a los trapecistas, no a los actores ni al autor.

LOPE: En *Las bizarrías*, el público aplaude solamente a dos actrices, que están muy graciosas y son excelentes cómicas: Marta Verduzco y Mabel Martín. De lo demás no se entiende nada: ni mi obra, ni la dirección, ni el vestuario, ni una mina acuática de la Segunda Guerra Mundial que camina por el escenario, ni una esfera de plástico que descien-de como plato volador, ni mucho menos lo que mascullan unos muchachitos aprendices de actores. Uno de ellos, el que hace el galán, parece más bien un piel roja, y el que interpreta el escudero ignoro en qué idioma hablará. No. Tirso, no me gustó esa puesta en escena. ¿Por qué el director no hizo aparecer a sus actores vestidos como estos muchachos “in” que vemos en este mesón, y no como payasos de carpa, o pordioseros?

TIRSO: Lo que pasa con vosotros es que estáis fuera de onda y ya parecéis críticos de teatro que se escandalizan porque se toca a los clásicos en una forma que se escapa a la tradicional y aburrida.

ALARCÓN: En mi vida me insultaron mucho, pero jamás tanto como lo acabas de hacer al llamarme crítico teatral. No te lo perdonaré nunca.

LOPE: Escuché en el teatro que se piensa representar *Las bizzarrías de Belisa* por las mañanas, en funciones dedicadas a los alumnos de las secundarias. ¡Ay, amigos míos, la que se va a armar! La juventud actual subirá al escenario al ver a las actrices semidesnudas. Se piensa que, ofreciendo a los clásicos en esa manera “a go-go”, los muchachos nos tomarán afición. Yo no lo creo, pues no se puede tomar afición a algo que no se escucha ni se comprende. Se divertirán, no lo dudo, pues hay momentos muy graciosos, pero de eso a que se enteren de lo que es una comedia clásica, hay un abismo. Y no solamente por la dirección y la concepción moderna, sino también por haber seleccionado a muchachitos que distan mucho de ser actores todavía. Creo que las autoridades que patrocinan esta temporada, pueden contratar a actores profesionales.

ALARCÓN: Quizá los actores profesionales no se presten a hacerla de payasos ni de cirqueros.

LOPE: En tu tierra existen magníficos actores que lo harían con mucho gusto y sobre todo con dicción. Martha Verduzco, Mabel Martín y el que interpreta el conde, merecen estar rodeados de buenos actores para que no se pierda en funciones de aficionados su excelente labor.

TIRSO: No los aguanto más. Sois unos viejos bóvedas que no merecéis que se ocupen de vosotros. Me voy al Forum a bailar o a cualquier discoteque a escuchar música electrónica. Chao.

LOPE: Tiene razón Tirso, Juanillo: es mejor que nos dejen en paz.

ALARCÓN: Regresemos a nuestro Siglo de Oro a seguirnos insultando, mi querido enemigo. Nos divertíamos más que en esta Zona Rosa. Que Héctor Mendoza siga haciendo con nuestras comedias un teatro “bonito” y repitiéndose hasta la náusea. Nosotros, por fortuna, hemos estado y estaremos en otro nivel. (*Pausa*) ¡Voto a sanes, mira qué minifalda!

LOPE: Compórtate, Juanillo. Que no se diga que los clásicos comprendemos a esta época, puesto que ella no nos comprende a nosotros.

Lope y Alarcón salen del café y se pierden entre la multitud.

9 de noviembre de 1969